

# CONDICIONANTES DE UN DIÁLOGO ISLAMO-CRISTIANO EN LA EUROPA DEL SIGLO XXI\*

Ricardo Felipe Albert Reyna\*\*  
Universidad Autónoma de Madrid

BIBLID [1133-8571] 20 (2013) 11-22

**Resumen:** Reflexión especulativa sobre los factores que pueden condicionar un diálogo islamo-cristiano actual en Europa a partir de un concepto creativo de diálogo como intercambio de ideas y sentimientos. Se proponen como condicionantes del diálogo sus propios factores constitutivos (sus sujetos, su materia, su finalidad, su marco), abordando a continuación un enfoque pragmático que tenga en cuenta la escena político-mediática y la necesidad de la convivencia. El eje de las conclusiones es la reducción del diálogo a aquel que pueda darse entre los individuos que compartan una situación material determinada.

**Palabras clave:** Diálogo interreligioso. Islam. Cristianismo. Europa.

**Abstract:** This article speculates about the factors conditioning a dialogue between Islam and Christianity in present-day Europe. It starts with a creative concept of dialogue as an exchange of ideas and feelings. The constituent elements of such a dialogue (its participants, its subject, its purpose, its setting) are put forward as conditioning factors. This leads to a practical approach that takes into account the political situation as reflected in the media and the need to live together. The core idea of the conclusions is that this dialogue can only be fruitful when it limits itself to a

---

\* Este artículo se elaboró, en principio, para su comunicación en el *Congreso Internacional en Conmemoración del XIII centenario de la llegada del Islam a Europa: La aportación del Islam a la construcción de Europa (711-2011)*, celebrado en Cádiz los días 12 y 13 de diciembre de 2011. Véase *Notas y comentarios*, págs. 265-267.

\*\* E-mail: ricardo.albert@uam.es

dialogue between individuals that share the same material situation.

**Key words:** Interfaith dialogue. Islam. Christianity. Europe.

**ملخص:** هذه المقالة عبارة عن دراسة نظرية عن شروط الحوار بين الإسلام والمسيحية في أوروبا الحالية ابتداءً من مفهوم الحوار كتبادل الأفكار والمشاعر، ومن هذه الشروط يتم تقديم عوامل الحوار الأساسية وهي المتحاورون ومادة الحوار وغرضه وظروفه، الأمر الذي يأتي بالحوار إلى منهج واقعي يأخذ بعين الاعتبار كلا من الظروف السياسية كما تنعكس في الإعلام ومن الاحتياج إلى التعايش. أهم فكرة في النهاية أنه لا يمكن الحوار إلا إذا انحصر في حدود الظروف المادية للمتحاورين أنفسهم لا غير.

**كلمات مفتاحية:** حوار بين الأديان. إسلام. مسيحية. أوروبا.

Cuando, ingenuamente, me comprometí a tratar de este asunto, apenas contaba con un bagaje de reflexiones deshilachadas sobre el mismo y con la experiencia de haberme visto en un número de situaciones de diálogo interreligioso, todas ellas frustrantes. Recuerdo como especialmente estéril el encuentro con el patriarca de una secta budista en Corea del Sur, en la que el buen hombre, para “hacer boca” y “calentar los motores”, empezó quejándose amargamente de la destrucción o mutilación de estatuas de Buda en la India, presuntamente a manos de musulmanes, a lo cual pareció reducirse toda su consideración del islam. No pude evitar una sensación de paradoja ante lo que creí que iba a ser una búsqueda de un terreno común centrada en la importancia del amor y del conocimiento, de la misericordia y de la sabiduría, en ambas tradiciones. A pesar de ello insistí en volver a salir al ruedo con la sospecha de que nos estábamos equivocando en algo en esta lidia, y por eso me puse a especular una vez más.

Naturalmente, ha habido y sigue habiendo un número de contribuciones bienintencionadas y empeñadas en llevar a cabo aquello a lo que todas ellas se refieren con el nombre común de diálogo interreligioso. Lo que a mí me deja perplejo es la gran frecuencia con la que esas contribuciones se quedan en la expresión de meros deseos de que unos u otros, o incluso unos terceros, hagan o dejen de hacer lo que vienen haciendo o deshaciendo.

En esta tesitura, en vez de exponer mis propios deseos al respecto, mi contribución actual va a intentar reflexionar sobre algunos factores que pueden estar condicionando ese diálogo del que algunos hablan, pero que quizás no todos entiendan del mismo modo.

Sin embargo, será una reflexión ingenua; tan ingenua como mi

compromiso inicial. Y es que, ante la frustración de un diálogo de sordos que no llega a puerto alguno (a las pruebas me remito), elijo aquí presentarme con la sencillez del que se enfrenta a los leones con el pecho descubierto, sin más armas que su ingenua sinceridad.

El caso es que la palabra misma “diálogo” es esgrimida ornamentalmente para adjetivar actividades muy diferentes, que van desde el monólogo proselitista productor de rechazos hasta el relativismo religioso que no llega a ninguna afirmación concluyente y constructiva. Yo no voy a redactar una tipología de los diálogos interreligiosos, cosa que sería inútil salvo para una historia de las frustraciones humanas, sino que voy a limitarme a proponer un concepto de diálogo que nos pueda llevar a posturas creativas, y a barruntar con qué condicionantes puede tener que vérselas un diálogo así entendido en la Europa que nos está tocando vivir.

### **Concepto de diálogo**

En mi desaliento, y sin duda por deformación profesional, doy en consultar el Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua y en preguntarle a los sesudos señores académicos qué entienden ellos por un diálogo; a lo que me responden, cuando traduzco sus definiciones a un lenguaje llano pero riguroso, que se trata de un intercambio verbal de ideas o sentimientos, sin que sea necesariamente en busca de una unión ni tan solo de algún tipo de conformidad.

Adopto este sentido, porque por algún sitio hay que empezar, y me planteo que un intercambio de ideas o sentimientos, cualquiera que sea la finalidad de ese intercambio, exige unas condiciones que quizás no se den en todos los casos. Y aquí es donde empiezo a mirar a mi entorno europeo y a opinar sobre los límites, restricciones y posibilidades con que contamos para poder participar en ese tipo de intercambio.

### **Primer condicionante: los sujetos del diálogo**

Si de diálogo islamo-cristiano se trata, lo que solemos encontrarnos por el lado cristiano es un conjunto de jerarquías y burocracias, eclesiásticas y seculares, que se presentan como representantes de las iglesias cristianas, fuera de las cuales no habría cristianismo alguno. Y, de un modo paralelo, parecería que los representantes de las distintas asociaciones de musulmanes serían los portavoces de las posturas islámicas en ese diálogo cuyos condicionantes

queremos discernir. Pero, entonces, ¿por qué la queja, que a menudo oímos repetirse desde los bancos cristianos, sobre la dificultad de encontrar interlocutores musulmanes en sus intentos de dialogar con el islam? Y es que la más somera mirada al islam, tanto europeo como no europeo, nos da un panorama de pluralidad organizativa que nada tiene que envidiarle a la proverbial multiplicación de las iglesias cristianas; y que, más allá de ese aspecto asociativo, cuando dejando el bosque nos acercamos a los árboles, es una mirada que en realidad nos lleva más allá de aquel panorama hasta otro formado por multitudes de musulmanes individuales cuyas redes sociales no son jerárquicas y de entre los cuales no cabe señalar a nadie que realmente pueda hablar en nombre de sus hermanos en el islam.

Pero es que, a decir verdad, y mirando todo este campo desde una cercanía más íntima, tampoco los cristianos pueden reducirse a lo que las iglesias dicen representar, no tanto por esas iglesias asamblearias de base como por lo difuso y lo gradual de la pertenencia de tanto cristiano a las iglesias a las que dicen pertenecer. Y así se nos desdibujan los límites definidos que los sujetos del diálogo parecían tener, y nos hemos quedado, al intentar acercarnos a conocer a quienes iban a dialogar, o a no dialogar, con unos sujetos evanescentes e indefinidos. Se han desvanecido los sujetos institucionales por falta de representatividad y ya no sabemos quiénes van a dialogar. Sólo vemos a individuos que realmente hablan, digan lo que digan, a mero título individual.

### **Segundo condicionante: la materia del diálogo**

Partiendo aún de aquella definición académica vislumbramos la posibilidad de que una situación de diálogo suponga un mero intercambio de ideas y de sentimientos, pero también es concebible que se quiera ir más allá y se busque algún tipo de unidad, ya sea en las ideas teológicas, ya sea en los valores morales, o bien en la acción comunitaria.

Sin embargo, recordemos que acabamos de quedarnos sin grandes sujetos para el diálogo; que la primera condición para el diálogo, la de definir quiénes dialogan, nos ha hurtado a los protagonistas que creíamos tener, y nos ha dejado como únicos actores reales de cualquier diálogo que podamos plantear a unos individuos, al margen del grado de representatividad que afirmen tener, cuya presencia dialogante no puede plasmarse sino en estos tres campos que hemos visto:

1.- La acción social, que ahora queda circunscrita al ámbito microcomunitario, a falta de los grandes ámbitos macrosociales a los que aspiraban los grandes jerarcas de la burocracia espiritual.

2.- Cierta comunión moral, tanto más sólida cuanto mayor sea el grado de convivencia social sobre la cual se levante, sin limitarse a enunciados teóricos de nulo alcance práctico.

3.- Unas formulaciones doctrinales, apenas compartidas por algunos amantes de los credos, y cuyo impacto corre el riesgo de caer en el vacío del olvido de cuanto no se basa en la vida y en la convivencia propia de la praxis del trato mutuo en el mundo de la cotidianidad.

Aquello sobre lo cual podría realizarse el diálogo, por lo tanto, también ha quedado desmenuzado y como empobrecido al reducirse a aquello sobre lo cual los sujetos del diálogo tengan experiencia personal y directa. El diálogo actual sólo puede ser un diálogo empírico, o no será un diálogo. El diálogo teórico es un ente de razón que no puede tocarse, que no sirve para la vida sensible y real.

### **Tercer condicionante: la finalidad del diálogo**

Los motivos inconfesables de muchos presuntos diálogos son los que presentan el mayor riesgo de que este se rompa si la arrogancia del egocentrismo religioso nos empuja a intentar negar la identidad de nuestro interlocutor poniéndolo en tela de juicio, intentando asimilárnoslo en lugar de integrarlo respetuosamente reconociéndolo tal y como es. Para que el diálogo no se rompa es necesaria una actitud de escucha en la que cada uno hable de sí mismo y se dé a conocer, y sea reconocido, por aquello por lo que se define a sí mismo. Es lo mínimo que exige la cortesía del respeto por la identidad del otro.

La finalidad del diálogo, pues, quizás no podamos definirla a priori y universalmente más allá de la actitud de escucha ni de la caracterización negativa contraria a la arrogancia asimilacionista, aunque la actitud integradora en un *nosotros* superior al *tú* y al *yo* parece necesaria en toda situación particular que se plantee en la gestión de los diálogos a los que la vida nos vaya llamando día a día.

### **Cuarto condicionante: el marco del diálogo**

Estamos en una Europa que para muchos es postcristiana, donde entran en liza fuerzas diversas en un conflicto que a veces es abierto y a veces está larvado:

-Por un lado vemos un laicismo teórico, más o menos militante.

-Por otro lado hay un indiferentismo extenso que no es sólo religioso.

-También se dejan ver unas resistencias clericales, sobre todo cristianas, empeñadas en no cederle terreno ni a ese laicismo ni a la sociedad civil en general. Hablar de un clero islámico sería, cuando menos, un atrevimiento discutible, aunque no descabellado.

-Por último, y en un afán de simplificación que presente un número manejable de actores en escena, brotan unas reivindicaciones religiosas de signo diverso desde sectores que no han tenido el acceso deseado al poder.

En este cuadro polícromo se dibujan varias situaciones de diálogo interreligioso, las cuales van desde el clásico ecumenismo entre las iglesias y confesiones cristianas hasta los más variopintos acercamientos mutuos entre instituciones o individuos de distintos trasfondos religiosos, como pueden ser cristianos, judíos, musulmanes, budistas, hinduistas...

Y en este diálogo múltiple, potencialmente de todos con todos, cada diálogo particular corre el riesgo de contradecirse con los otros diálogos. Sin descender en esto al particularismo europeo, vamos a ver tres ejemplos de diálogo interreligioso y observaremos las diferencias entre sus diversos enfoques.

1.- El Parlamento de las Religiones, en el que los bahá'is y los protestantes liberales han desempeñado históricamente un papel destacado, presenta fácilmente un enfoque social en sus conclusiones.

2.- La iniciativa islámica de *Una Palabra Compartida por Vosotros y Nosotros*, dirigida a los cristianos desde el año 2007, intenta fijar el terreno común del diálogo islamo-cristiano en el amor a Dios y el amor al prójimo, desde un punto de vista, pues, teológico-moral.

3.- La iniciativa del diálogo islamo-budista del *Terreno Común entre el Islam y el Budismo*, lanzada desde el año 2010, recorre coincidencias metafísicas (como el fundamento monista de la concepción del mundo) y éticas; entre éstas encontramos, por ejemplo, los puentes que tiende entre ambas formas del desapego de las apariencias y la permanencia en la verdad (a partir de los conceptos, que no son exactamente equivalentes, de *anicca* y de *zuhd*); o el modo en que subraya la importancia de la misericordia (*karuna* o *rahma*) en ambas tradiciones. Esta iniciativa expone, en general, las dimensiones a la vez metafísicas y éticas de la perfección humana para unos y otros.

Las diferentes conclusiones y los variados hincapiés de todas esas iniciativas cruzadas de diálogo interreligioso (el enfoque social de las conclusiones del Parlamento de las Religiones, el punto de vista teológico-moral de la iniciativa mencionada de diálogo islamo-cristiano, o las dimensiones a la vez metafísicas y éticas de la perfección humana para musulmanes y budistas en la tercera iniciativa mencionada) nos sitúan ante una cacofonía de diálogos teóricos que no nos deja ver los árboles de las situaciones de diálogo pragmático. Y estas situaciones de diálogo pragmático tienen como característica muy principal el no poder, o el no querer, acudir a los grandes diálogos visionarios de los sabios y doctores de cada comunidad. Por lo tanto propongo que bajemos de esas alturas éticas y doctrinales y observemos lo que ocurre cuando se parte de un enfoque pragmático.

### **Enfoque pragmático**

Después de habernos quedado sin grandes sujetos, cuyos diálogos son irrelevantes para el hombre de a pie, con su fe y su praxis de andar por casa; después de habernos quedado sin materia del diálogo, imposible de definir de antemano ante la irrelevancia del diálogo teológico, ético o social cuando se produce en el vacío; después de habernos quedado sin un marco de voces cruzadas donde el ruido que hacemos al hablar todos a la vez nos ensordece ante la voz del prójimo más cercano; después de todo esto, sin embargo, nos encontramos con situaciones en las que la vida nos exige diálogos que tiendan puentes entre distintas orillas religiosas. Y entonces es cuando se impone un programa de mínimos donde, todo lo más, pueda aspirarse a un conocimiento mutuo: en qué nos parecemos, para poder reconocernos; pero también en qué nos diferenciamos, aunque solo sea para no herirnos involuntariamente por mero desconocimiento e ignorancia.

En este conocerse y reconocerse, que ya es bastante ambicioso para el punto de partida minimalista que tenemos, se impone el olvido de los grandes sujetos, de las grandes finalidades y de los grandes marcos. Desatendidos esos ídolos, solo queda mirar a las situaciones reales de encuentro, a ese microcosmos en que se produce el encuentro (o el desencuentro) y actuar con estrategias locales que salven la convivencia. Los grandes protagonistas nos han fallado, las grandes instituciones nos han fallado; y nada para nosotros podemos esperar de quienes tienen sus propios programas y sus propias prioridades dependientes de sus ansias de poder.

Las jerarquías y burocracias encastilladas en sus torres de marfil ya no son capaces de dialogar, solo de negociar. Y entonces aparecen las posturas de fuerza, y los vencedores y los perdedores, la Europa triunfante y la Europa humillada. Si no se superan los planteamientos de vencedores y vencidos, de integradores e integrados, si no hay un encuentro en pie de igualdad, entonces no hay diálogo, sino dictado. De ahí otra condición necesaria para el diálogo: la igualdad de principio, el fomento de un entorno material y de pensamiento en el que la libertad de consciencia no se vea limitada por la presión de tener que abrirse paso y crearse un espacio un pensamiento débil que esté a la defensiva en medio de un discurso excluyente, el cual, todo lo más, le “perdona la vida” a un enemigo al que considera derrotado.

En la Europa de hoy el acoso a las posturas no hegemónicas es continuo, no se las deja vivir. Este es un condicionamiento decisivo en todo diálogo, que solo será posible donde un nicho ecológico infrecuente permita un ámbito de diálogo que siempre será a espaldas de esos poderes triunfantes y que solo será de alcance particular, entre aquellos sujetos que compartan una realidad concreta que los haga conscientes de lo que comparten y de lo que los separa o, por lo menos, los diferencia.

Para hacer más comprensible aquello de lo que estoy hablando haré una comparación con otra situación de contacto, en este caso entre lenguas. Cuando hay voluntad de intercambio, no de exclusión, lo más frecuente es que se dé un diálogo entre hablantes cuyo dominio del código ajeno está empedrado de imperfecciones y en el curso del cual esos hablantes llegan a compromisos provisionales que permitan cierto grado de intercambio. Del mismo modo, o de un modo que guarda cierta analogía, en una situación de contacto interreligioso, si hay voluntad de convivencia, no de agresión, lo más frecuente es que se dé un diálogo entre personas que participan solo parcialmente de su tradición religiosa y que conocen aún más parcialmente la tradición de sus interlocutores; y en el curso de ese diálogo lo habitual es que se llegue a compromisos provisionales que permitan cierto grado de convivencia.

Aquí no estamos en el campo de las grandes declaraciones intercambiadas entre quienes se instalan en un hegemónismo religioso (real o presunto) y aquellos a quienes estos minorizan, ya sea por un expansionismo consciente o por un paternalismo que quita la voz y el voto de aquel con quien presuntamente se dialoga. No; aquí, en lo que estamos, es en el día a día de los individuos y de

los pequeños colectivos inmersos en la realidad de la heterogeneidad religiosa que nos convierte a todos en heterodoxos: no existen ortodoxias si nuestro punto de partida es la realidad social heterogénea; y admitir la ortodoxia de principio de alguno de los sujetos del diálogo es negar la posibilidad de dialogar en el sentido abierto que venimos indicando.

### **La escena político-mediática**

Además, la escena político-mediática puede forzar, y de hecho fuerza, a tomar posturas en cuestiones que le son impuestas artificialmente a un entorno social determinado en el que esas cuestiones no se han planteado como resultado de la propia dinámica y de la propia praxis comunitaria. En esos casos el entorno en cuestión sufre un ataque de fiebre impuesto y se plantea un problema, teórico o práctico, que es ajeno a la realidad de las relaciones sociales existentes entre los sujetos implicados en una situación de convivencia dada.

Si los implicados tienen los recursos y la inteligencia suficientes para no dejarse arrastrar por esa presión político-mediática externa a su entorno material y mental, la necesidad de los intercambios humanos llevará a un encaje de las piezas del “rompecabezas” social que garantice la convivencia hasta que ese equilibrio dinámico vuelva a llevar a una situación que exija nuevos ajustes. En caso contrario, si los implicados no consiguen hurtarse al asalto de quienes buscan carnaza para sus fines particulares, el diálogo no podrá producirse o será ficticio.

Por ello, una condición para que estos microdiálogos puedan producirse es la protección de los ámbitos en los que la realidad social los exige impidiendo la intromisión de elementos ajenos a esos marcos donde el diálogo se ha hecho necesario. Y se trata de una condición que no suele darse en la Europa actual, donde la escena político-mediática tiene intereses propios y distintos de las sociedades que dicen representar y que suelen manipular.

Un caso genérico de ese interés político-mediático es el de las agencias creadoras de opinión en el campo de la seguridad de estos Estados plutocráticos que conforman la Europa política. Es sabido que uno de los factores de resistencia que suelen señalar como obstáculo contra la penetración de algún territorio y la manipulación de sus poblaciones es la práctica del islam; y hasta se escriben sesudas tesis doctorales en las universidades de estos Estados plutocráticos en las que se toman estas posturas como fundamento metodológico para dar apariencia de verdad científica a una estrategia de desarme ideológico

dentro de un proyecto de dominio global.

Mientras las universidades y las agencias de seguridad, ingenuamente o con plena consciencia, sigan utilizando la práctica religiosa como categoría sociológica en cuestiones que son de un orden político o económico, el diálogo queda envenenado porque ya no tenemos a personas hablando con personas, cada uno con su bagaje religioso, sino a sujetos de un conflicto económico y político donde solo valen las estrategias de la negociación en un conflicto de intereses y donde una categoría religiosa que no es definida sociológicamente recibe la capacidad de explicar mágicamente todos los fenómenos sociales. Pero entonces ya no estaremos en el campo del diálogo interreligioso sino en la lucha por el poder social. Y pensar si esa lucha por el poder social es parte integrante o no de los temas de diálogo islamo-cristiano es una postura teórica de principios que nos aleja una vez más del diálogo directo e inmediato en el que la vida nos llama a participar.

El diálogo mediático de las instituciones, que es una estrategia de lucha y reparto del poder, corre el riesgo de sustituir al diálogo directo entre las personas. En medio del factor condicionante de que lo que se presenta mediáticamente como diálogo no es diálogo pero ocupa su lugar, en medio del factor condicionante de unas políticas públicas, reflejo de intereses particulares, que reducen la generalización del diálogo y de la actitud dialogante del “todos podemos salir en la foto” y la arrinconan en los márgenes de la sociedad, los partidarios del diálogo como único modo de convivencia humana nadan contra corriente y tienen que desarrollar estrategias para navegar contra el viento.

El diálogo exige un ámbito de libertad donde el miedo no paralice al pensamiento ni a las lenguas. Y si el ámbito de libertad no coincide con el conjunto de la sociedad (el miedo a las represalias es tan eficaz como el curare), los sujetos del diálogo no pueden sino buscar ámbitos más reducidos, aunque a veces tengan que llegar a unas catacumbas casi subversivas o a cualquier otro ámbito donde la política mediática crea haberlo reducido a la irrelevancia. Sin embargo, como dice la sabiduría popular, “un grano no hace granero, pero ayuda a sus compañero”.

Ahora bien, en todo esto insistimos en olvidar el elefante que hay en la habitación y con el que todos tropezamos: la necesidad de convivir.

**Necesidad de la convivencia**

Sería excesivamente ingenuo reducir los obstáculos que condicionan el diálogo a los meros intereses particulares políticos y económicos. La misma estrechez de miras se manifiesta también en el terreno religioso en forma de dogmatismos y fanatismos excluyentes que solo admiten la rendición del otro.

La consciencia de que todos estamos en minoría desde algún punto de vista, de que todos somos heterodoxos para el otro, puede ser un acicate que impulse el diálogo entre unas minorías heterodoxas y otras, entre los sujetos particulares que se ven en situaciones que exigen el diálogo para permitir la convivencia.

Y en todo esto la valoración positiva de la convivencia es condición necesaria para el diálogo. Si queremos calibrar qué factores condicionan el diálogo islamo-cristiano en la Europa de hoy hace falta determinar si la convivencia es un valor positivo en los diferentes ámbitos culturales de esta península occidental de Asia raptada por Zeus.

La vida, la existencia tal y como la conocemos, no es posible sin la cooperación y la colaboración; y esta no es posible sino con el diálogo, que desemboca en la convivencia.

Sería ingenuo y contrario a la verdad plantear una existencia basada en el conflicto y en la exclusión del otro. La actitud conflictiva es incompatible con la vida y, por lo tanto, se contradice a sí misma.

Y así llegamos al momento de intentar extraer unas conclusiones.

**Conclusiones**

A esta altura de mi exposición me veo en la conveniencia de retomar cuanto he dicho y de intentar resumir las conclusiones a las que pueda llegar en relación con el título que encabeza estas palabras. Los siguientes son los condicionantes que he visto para el diálogo islamo-cristiano en la Europa del siglo XXI:

1.- Los sujetos institucionales son incapaces de llevar a cabo un diálogo real y efectivo, más allá de la retórica, y en correspondencia con ello los sujetos quedan reducidos a los que se encuentran en situaciones empíricas que fuerzan un diálogo.

2.- Los temas teóricos de diálogo han desaparecido con los sujetos que se interesaban por ellos y han quedado reducidos a las cuestiones empíricas que afectan la vida de las personas en su inmediatez social.

3.- Las grandes finalidades universales han desaparecido del escenario y han quedado reducidas a las pequeñas finalidades de las necesidades cotidianas.

4.- El marco ideológico y religioso plural puede llevar a contradicciones entre los diversos diálogos particulares que así se plantean.

5.- Hay un acoso de las posturas no hegemónicas, que entonces necesitan encontrar un nicho ecológico apegado a lo empírico donde pueda sobrevivir el diálogo, con el consiguiente conocimiento imperfecto e incompleto de la tradición religiosa propia y la del interlocutor.

6.- Existe una presión político-mediática que empuja a tomar postura ante supuestos teóricos y prácticos alejados de la realidad inmediata de la convivencia.

7.- La convivencia es necesaria, y su marco se caracteriza por estar poblado por unos interlocutores todos los cuales son minorías y todos son heterodoxos los unos respecto de los otros.

En resumen, el Gran Diálogo ha quedado reducido a unas medidas realistas: las medidas del hombre de la calle que vive en sus situaciones concretas y que no es marioneta de las burocracias del espíritu. Nos hemos librado de un ídolo que solo nos prometía un espejismo tiránico que no llega a provocarnos ninguna nostalgia. Nos hemos quedado con un pequeño diálogo, a escala humana, donde lo que vale es la inmediatez del contacto del hombre con su hermano humano.

Esta es mi reflexión, y ahora podemos hablar.